
Federico AGUIRRE ROMERO

Arte y Teología. El renacimiento de la pintura de iconos en Grecia Moderna

Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago 2018, 336 pp.

Federico Aguirre Romero es profesor de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile y Director del Centro de Estudios de la Religión. Ha residido en Grecia y allí aprendió la técnica de «escribir» (pintar) iconos, sobre la que ha reflexionado abundantemente.

Fruto de esa reflexión es la publicación que ahora sale a la luz, en la que el autor conjuga el análisis cultural, la estética y la historia del arte con la especulación teológica. En él, se presenta el proceso de restitución de la tradición pictórica del icono que tiene lugar en Grecia moderna durante la primera mitad del siglo XX y las consecuencias que dicho proceso tiene en el desarrollo de la cultura griega moderna y de la teología contemporánea de la imagen. A su vez, la obra pondera la relevancia y el impacto de dicho proceso en las búsquedas del arte en el mundo contemporáneo y las búsquedas de sentido del hombre actual.

A nadie se le oculta el revival que desde hace unas décadas ha experimentado el icono, especialmente en el ámbito de la cultura occidental. Aguirre, buen conocedor de este desarrollo asombroso de algo

que, incluso en Grecia, parecía una tradición marginal y superada, ofrece pistas para comprender cómo llega a convertirse en un factor tan relevante para el desarrollo del arte moderno y las búsquedas de sentido de la cultura contemporánea.

La hipótesis central del libro consiste en plantear que, en el contexto de las transformaciones de la modernidad, la tradición del icono sufre lo que Aguirre denomina un «giro hermenéutico», pasando de ser, en el mejor de los casos, un mero objeto de museo, a recuperar su original función litúrgica y sacramental en el seno de la tradición eclesial. Justamente es esta función la que despierta el interés del arte moderno, que lleva a artistas como el dadaísta Hugo Ball a realizar un estudio profundo de la literatura patrística y a adherir finalmente a la Iglesia católica.

El libro consta de tres capítulos. En ellos se aborda cada una de las tres cuestiones fundamentales que el autor ha detectado en ese «giro hermenéutico» del icono: a) la cuestión de la tradición; b) la cuestión de la obra de arte; y c) la dimensión eclesial del icono. Así, en el capítulo primero

se intenta seguir la pista de los artistas de las Vanguardias griegas, que fundamentan su proyecto de modernidad en el mundo de los iconos, hasta restituir dicha tradición como práctica (capítulo segundo) y elaborar una auténtica ontología de la imagen (capítulo tercero). Para ilustrar cada uno de los capítulos, Aguirre ha elegido un destacado autor griego contemporáneo en cuya trayectoria se ha conjugado, en mayor o menor medida, la reflexión teológica con la praxis artística.

En el capítulo primero, centrado sobre la figura de Photis Kóntoglou, se plantea «la *agiographía* como expresión de helenismo contemporáneo» en su relación con la tradición. Así, la pintura de iconos sería un punto de referencia para la conformación de un ideario griego moderno, pero también una vía para plasmar una peculiar hermenéutica del hombre contemporáneo.

En el capítulo segundo Giorgios Kordis es el protagonista, destacando por su nueva concepción del icono, que ya no sería tanto una «mímesis» cuanto una verdadera «poíesis», no tanto una repetición del modelo canónico cuanto una verdadera creación original. Aguirre plantea la concepción del icono como una lengua plástica, más allá de las concreciones estilísticas que ha adoptado a lo largo de la historia. El icono es un determinado modo de decir la realidad, en la que comparece una determinada comprensión del hombre, del mundo y de Dios, cuyo último fundamento se encuentra en el acontecimiento de la Encarnación. La oposición entre icono y obra de arte moderno sólo conducirá a la muerte de la tradición, pues esta no consiste simplemente en un conjunto de reglas a imitar sino en la vinculación del tesoro experiencial de la tradición con la experiencia del hombre actual. Kordis plantea esta

necesidad con suma claridad y propone la función litúrgico-sacramental como rasgo fundamental de la lengua plástica del icono.

Ahora bien, tal como se desarrolla en el capítulo tercero, la lengua plástica del icono pone en evidencia una premisa gnoseológica fundamental para el pensamiento cristiano: el carácter apofático del conocimiento de Dios. En la obra de Christos Yannaras, el autor estudiado en este capítulo último, el «apofatismo» se plantea como la negación a identificar la existencia increada de Dios con cualquiera de sus formulaciones.

A partir de aquí se traza una interesante ontología de la obra de arte, «ontología de la relación», en la que destaca su capacidad de significar la experiencia eclesial. Así, el icono ejerce una función de «imagen eclesial», puesto que su función en los templos es constituir el espacio de la comunión personal del hombre con Dios, los santos y sus semejantes. El icono, entendido de esta manera, funcionaría como un dispositivo «eclesiopoietico», suministrando un rostro al Dios invisible que se hace visible en el rostro del Hijo (Col 1, 15), y dando cuenta a su vez de aquel modo de existencia relacional al que el hombre está llamado.

Federico Aguirre presenta una obra rica en contenidos y sugerencias que plantea el ineludible reto contemporáneo de un diálogo entre la tradición eclesial cristiana y los artistas, en muchos de los cuales se percibe, aunque sea de forma inconsciente, un ansia de trascendencia, que dé sentido al mundo y a la vida. Y propone el icono como un camino plástico idóneo para canalizar esos deseos de trascendencia y expresar la fe en el mundo contemporáneo.

Fermín LABARGA
Universidad de Navarra